

# RAZA NUEVA

REVISTA MENSUAL, DE PROFILAXIA SOCIAL  
EN BENEFICIO DE NUESTRA OBRA EDUCACIONAL Y FILANTROPICA  
EDICION: 8000 EJEMPLARES

AÑO 1

NUM. 2

CARTAGO, C. R., NOVIEMBRE DE 1933

DIRECTOR:

CESAR OJEDA B.

SUSCRIPCION ANUAL C 4.50

NUMERO SUELTO „ 0,40



La trampa maldita: el Alcohol.... después  
las plagas venereas!!

IMP. "EL HERALDO"

**NO OLVIDE: que las**

# **PASTILLAS NACIONALES**

**alivian rápidamente el dolor de cabeza.**

**EFICACIA COMPROBADA**

**BOTICA NACIONAL**

**DEPOSITO DE MADERAS DEL PACIFICO**

**JOSE J. AGUILAR A.**

HABIENDOSE DISUELTO LA SOCIEDAD MONTALTO & AGUILAR, TENGO EL GUSTO DE OFRECER A MI ESTIMABLE CLIENTELA Y FAVORECEDORES, UN BUEN SURTIDO DE MADERAS DEL PACIFICO A PRECIOS DE SITUACION.

## **TALLER MECANICO Y DE FUNDICION PINTO & CARAZO**

*Construcción y reparación de trapiches, peltons, motores, calderas de vapor, etc.  
Especialidad en armaduras de acero para edificios, y en toda clase de trabajos de fundición.*

**Teléfono 2721 – San José, Costa Rica.**

**GONZALO R. MONTERO  
DENTISTA**

*Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales.*

**OFICINAS: { SAN RAMON  
Y PALMARES**

REACCIONES DE WASSERMAN Y KAHN (SIFILIS). HOMOGENIZACION (TUBERCULOSIS). UREA SANGUINEA. COAGULABILIDAD. SANGRAMIENTO. ESTUDIO DEL COAGULO. RESISTENCIA GLOBULAR. REACCION DE VAN DEN BERG. RECUENTO DE PLAQUETAS. DIAZO-REACCION DE ERlich. RECUENTO DE HEMATIES GRANULO-RETICULO-FILAMENTOSOS. LEUCEMIAS. DIAGNOSTICO PRECOZ HEMATOLOGICO DEL TIFUS. PRUEBA DE MOSENTHAL. EXAMENES COPROLOGICOS. FORMULA DE ARNETH Y LOS EXAMENES CORRIENTES DE LABORATORIO.

**LABORATORIO PIEDRA BLANCO**

225 varas al Oeste de la Botica Francesa, San José Costa Rica

TELEFONO 2795

1-1

APARTADO 116

## **ESTIMADO LECTOR:**

La MIXTURA PERALTA **NO** cura todas las enfermedades, sino sólo aquellas que provengan del mal funcionamiento del **HIGADO**. Tales como el mal aliento, mareos, dolor de cabeza, biliosidad, agruras, pesantez sobre los ojos, sueño después de las comidas, extreñimiento, etc.

Pruebe la **MIXTURA PARA EL HIGADO DEL DR. DON MAXIMILIANO PERALTA**, y quedará convencido.

*De venta en todas las buenas Boticas*

Depósito al por mayor en San José: **BOTICA MARIANO JIMENEZ Y DESPACHO DEL DR. MORENO CAÑAS.**

## **Se vende:**

La empresa de camiones de pasajeros de Escasú. Reconocida por todos los empresarios, como la mejor línea y mejor organizada del país. Con carretera de concreto.

Entenderse con su dueño en Escasú.

## ¿Cómo corregir las desviaciones sexuales?

Observemos, al comenzar este estudio, que se trata del papel de los padres para con los hijos a los cuales aflija algún vicio o tengan malos hábitos. No es de nuestra incumbencia el entrar en detalles de tales hábitos, ni buscar o discutir los tratamientos médicos.

No vamos a estudiar estas tristes anomalías ni como sabios, ni como prácticos. No somos sino un padre, una madre que han comprobado en el pequeño, en el mayorcito, un rasgo, raro o frecuente, un hábito reprehensible... y puede que algo más... Según su carácter o temperamento, habrá padres que digan, indiferentes: «Esto no tiene importancia. Será pasajero»; o por lo contrario, exclamarán dramáticamente: «¡Esta es una criatura viciosa!... ¡Está perdido! ¡Es espantoso!» En el primer caso, los padres se callan; en el segundo, se somete al niño a áspero interrogatorio, a severo castigo, es amonestado, se le zarandea...

Tanto en el caso de la indiferencia como en el del aspaviento, los padres se equivocan. El niño está en peligro y el caso en esta forma acabará mal.

¿Qué es, pues, lo que deben hacer los padres? Exámen de sus conciencias, de sus herencias, de sus vidas, de sus ejemplos, de su vigilancia, en una palabra: de sus *responsabilidades*.

Pues, en verdad, no creo que nuestros hijos tengan una falta en la que no tengamos nosotros una parte, mayor o menor, de responsabilidad. Esto debe hacernos reflexionar.

¿No hemos oído hablar de padres, aterrados al descubrir el vicio de un hijo (o hija), preguntarse con una angustia que quisiera repudiar un remordimiento:

—¿Cómo ha podido suceder? ¿Cómo en medio de sus hermanos y

hermanas, tan dignos, tan puros, éste ha podido olvidar de esta manera las leyes más elementales del pudor, de todo aseo moral, hasta caer en vergonzosos hábitos... que amenazan su naturaleza física, de la misma manera que degradan su inteligencia, su espíritu, su corazón?

—Haremos las reparaciones que sean menester, todo lo que convenga para curar a nuestro hijo; pero surge una inquietud inicial: «¿Será culpa nuestra?» No quisimos dar crédito a ciertas advertencias: ¡y he aquí que por nuestra terquedad en cerrar ojos y oídos, ha entrado el mal en casa!...

\*\*\*

¿En que consistieron estas faltas y negligencias?

Se contestan así: «¡Vivimos tan distanciados de nuestro hijo! Ahora creemos si entre él y nosotros hubiese habido costumbre de cambiar las ideas libremente, hubiéramos presentado la verdad en sus actitudes, en su manera de ser y hablar; pero el caso es que no le *observábamos*, le hablábamos muy poco y, sobre todo, no le dejábamos hablar nunca a él...

«Así es que, con este silencio, lo dejamos en manos de los agentes del mal que por mil medios, en la calle, en la escuela y aun, desdichadamente, en el mismo hogar familiar, persiguen a los jóvenes con sus conversaciones, con sus escritos y con sus malos ejemplos».

De estas lamentaciones de un padre, de una madre, recordamos estas palabras tan ciertas: *No le observábamos debidamente*. «No, no miramos a este colegial, a esta niña que se nos van; no les miramos con esos ojos del alma, de la inteligencia que observa, que no es meramente la observación de los ademanes y gestos externos y fugitivos, sino que es además oído que

escucha, intuición que adivina, que es el alma maternal que baja profundamente al alma del niño con quien se pone en contacto. No observamos debidamente al niño. No le miramos bastante a tiempo.

Eso es, no le vigilamos lo bastante temprano.

Recordemos al niño, muy pequeño: glotón, luego procurándose siempre los mejores sitios, y en los asientos, a la mesa, en el jardín; y él que corrientemente era apacible y bueno, se volvía violento y arisco en cuanto se trataba de defender su bienestar, los caprichos de sus sentidos.

Nos admiraba ver cómo aquel muchachito, tan menudo, arreglaba ya su camita, y no comprendíamos que, en sus cuidados preparaba el descanso muelle en qué se complacía todas las noches; nos divertía el ingenio que ponía en combinar sus meriendas, en reunir en su morralillo distintos fiambres, hasta en «merodear» por la cocina y el huerto en busca de lo que la atrajese: y no se nos ocurría que estos halagos de los goces glotones le predisponían a buscar más adelante toda otra complacencia.

Si le hubiéramos observado cuando, tumbado en una butaca, se entregaba con beatífica satisfacción a una lectura que no habíamos tenido la precaución de vigilar, hubieramos descubierto en las hojas tan ávidamente recorridas, ligerezas, inconveniencias, incluso grabados indecorosos que hubieran sido una revelación.

Si hubiéramos observado a la niña vagando ociosamente, la mirada perdida en algún quimérico y enigmático horizonte, habríamos comprendido a aquella imaginación demasiado suelta, alocada, y adivinando ensöñaciones conducentes a desviar el buen sentido.

¿Observamos al compañero con quien el muchachito sostenía largas conversaciones? Este, desempeñando papel de seductor, hacía partícipe a nuestro hijo «ignorante», de sus propios descubrimientos.

¿Hemos observado a nuestros hijos durante el sueño?

O, cuando han tenido que compartir el lecho con otra persona, ¿les prevenimos con prudentes consejos? ¿O nos inspiró nuestro espíritu de vigilancia hacer una visita inesperada a los niños antes del sueño o durante el mismo?

¿Hemos observado la conciencia de nuestro hijo hasta presentir si tenía delicadeza e instinto de pulcritud moral? ¿Compulsamos su voluntad para hacernos cargo de si se hallaba bastante robustecida para hacer que su «yo» espiritual fuese capaz de restir al «yo» sensual y de los malos instintos? ¿Hemos observado nunca si nuestro hijo sentía el placer de la actividad, si acostumbraba dominarse a sí mismo, si menospreciaba la molicie?...

¿Cuidamos nunca de observar al niño para descubrir cuál fuese su temperamento: un poco linfático... regalón?... ¿sensual?... ¿dúctil a las influencias ajenas, nada dueño de sí mismo? Debimos haber velado más su higiene, redoblado nuestra vigilancia y modificado nuestra manera de educarlo. Así pues, del mal presente tenemos una gran responsabilidad: pudimos haberlo evitado abriendo los ojos. Nuestro descuido lo ha impedido...

\* \* \*

¿Cómo responder a este grito de la conciencia de los padres?

Es necesario enmendar, es menester curar, es preciso alumbrar de nuevo a vuestro hijo a la vida del alma, a la vida del cuerpo, puesto que estas vidas se hallan en el fondo amenazadas.

¿Remedios? No hay otros sino los corrientes de la higiene, la cultura física y algunos más que habéis desatendido...

¿Reeducación?... No hay otra sino la educación que omitisteis; educación de los sentidos, de la voluntad, de la conciencia, del dominio propio, que han sido estudiadas por otras personas.

¿Iniciación especial?... No hay más que la que precisa el doctor Pasteau

en su luminoso y substancial estudio.

Para corregir las desviaciones sexuales de vuestros hijos, dadles simplemente la educación que les habéis negado. Han caído por ignorancia: instruidles.

Han pecado a causa de atracciones perversas: enderezad sus facultades, su voluntad, su espíritu por medio de esa educación del sentimiento y de la pureza para la cual el Rdo. Viollet nos ha dado tan preciosa guía.

Sin embargo, buscaremos, con los padres afligidos por los desagradables hábitos de sus hijos, la manera de aplicar a tales desviaciones los verdaderos principios de la educación.

\* \* \*

Detengámonos, por lo pronto, en este primer punto: buscar las causas de las malas costumbres.

Las mamás inclinadas sobre las cunas, no han de alarmarse si el pequeño ser detiene su manecita curiosa e ignorante en ciertas partes de su cuerpo... Mas sabiendo que al paso que el niño crezca puede ir repitiendo este ademán con desagradables consecuencias, lo impedirá suavemente desde el principio... Por otra parte debe saber que si el niño hace eso porque hay alguna causa accidental: comezón, irritación de la piel, etc..., con lo cual, descubierta la causa, la madre la evita con los cuidados necesarios de limpieza, régimen refrescante, etc.

Otras causas hay que no deben pasar por alto los padres: las nodrizas y niñeras, para que los niños callen y se tranquilicen, los acarician de una manera imprudente y les despiertan sensaciones que cuando puedan actuar por sí mismos, tratará de renovar.

Los vestidos demasiado ajustados, los pantaloncitos excesivamente ceñidos, sobre todo si son de lana y no se ha aislado la piel por medio de una tira de tela, esas prendas de lana que se encogen con el lavado, que nunca pueden quedar absolutamente limpias, pues que no pasan por la colada de lejía, pue-

den provocar ardor: tales son otras tantas cosas que explican el ademán de la criaturita.

En esto el papel de la madre es bien sencillo: suprimid esas causas materiales, y el pequeño se corregirá fácilmente...

\* \* \*

Pero cuando el niño es mayor... cuando se halla en el uso de razón, y luego a los diez y a los catorce años, se presentan a los padres dos dificultades:

Acertar a *distinguir* los síntomas del mal; *querer* verlos, reconocerlos en su hijo.

El muchachito está pálido, es taciturno, busca la soledad; ha perdido el apetito; se ha vuelto irascible y flojo en su trabajo.

Los padres sacan esta conclusión: «¡Es el crecimiento!» El crecimiento es una buena excusa cuando los padres no quieren molestarse en preocuparse por sus hijos, y temen perturbar su tranquilidad si descubren una verdad desagradable.

Entonces se empeñan en imaginarse que si su hijo está triste, nervioso, deprimido, extraño, es únicamente porque sus miembros están creciendo, y se habla de darle «reconstituyentes».

Tiene los ojos enrojecidos, amoratiguados, y, cuando se le pregunta: «¿Te duele algo?» contesta con un «no» brutal o suspicaz. Los padres claman contra tan «mal carácter» y se desvían del malestar moral y físico de que es víctima su hijo, rehuyen afrontar plenamente el mal, ahondar en las causas. Sí, por acaso, se despierta alguna duda en su espíritu, temen la revelación del porque de tales accidentes de salud.

Habrà algún padre que hará preguntas, pero lo más probable es que el hijo no diga nada: su falta de confianza, que es la grieta por donde el mal se ha filtrado y propagado, será el obstáculo que imposibilitará la curación. Pues si os decidís a preguntar, hacedlo con *ternura*, con *piedad*, con toda la diplomacia del corazón, pues el hijo a quién llamáis desdeñosamente vicioso, es

un gran enfermo: se trata de levantar curando, no de marchitar con el castigo.

Pues el primer remedio, el más eficaz, el que ayudará a los otros tratamientos, es esta confianza... Pensad que esta falta de confianza fue la causa de que se agravase el mal, y acaso la causa inicial. Si el niño hubiese hablado bien desde el principio de sus trastornos, bien sobre las causas físicas que conducen al ademán, el mal hubiera sido conjurado. Pero el niño no dijo nada, porque también sus padres guardaban silencio... Este padre, esta madre que nada ignoran de las realidades de la vida, están aún bajo la influencia de la generación que, antes que ellos, hizo tanto daño a la juventud con la confabulación del silencio. A pesar de las lecciones de la experiencia, de los educadores, su espíritu timorato sigue prisionero de los prejuicios, de tímidas ridiculeces, de falso pudor.

Ante esos hijos a quienes el mal hábito roerá—como no se interviene—hasta el agotamiento general, vedlos cómo se conducen al igual que el médico que pudiera dar un contraveneno a un intoxicado, si supiera sencillamente la naturaleza del veneno ingerido, pero deja morir al desdichado por no preguntárselo. Semejante médico obraría como un criminal.

¿Qué decir del padre y de la madre que no se atreven a acudir en ayuda de un hijo víctima del veneno más espantoso?

No obstante, hay que tener esta decisión; es necesario suscitar la confianza del pequeño ser cuya voluntad se esteriliza; habladle de su mal como del de otros desgraciados niños; reveladle los peligros de sus malos hábitos, como si no supiérais que los tiene; expresadle vuestra compasión por los pobres ignorantes que causan mal sin saberlo; en suma, decidle todo cuanto vuestro corazón y vuestro *facto* paternos os inspiren para mover al niño a *confesar todo lo que le pasa*. Y entonces, sin interrumpirle, ni refir-

le, le escucharéis con paciencia y bondad esas confidencias que serán un alivio y la liberación de un trastorno peligroso.

\* \* \*

Esta conversación será lo más duro del tratamiento, pues luego, siguiendo los consejos del médico, será de fácil aplicación una higiene fortaleciente y calmante, sin olvidar los remedios morales e intelectuales.

Pensad en la hidroterapia, en los ejercicios físicos y en los paseos al aire libre para favorecer el sueño y el apetito; procurad distracciones agradables, ocupaciones diversas para que el espíritu se abstraiga razonadoramente y se desvíe de la malsana obsesión; alentad los juegos de muchos compañeros juntos, sin apartes.

Pero lo más importante de esta curación será el tratamiento de la voluntad por la voluntad misma. Actuad junto al niño, al jovencito, en forma que lleguéis a hacer que quiera *querer* librarse de sus malas costumbres. Creo que estos esfuerzos sobre la voluntad debilitada serán los medios más eficaces. Todas las cualidades de la voluntad se forman o se desarrollan con el ejercicio, así como se atrofian y aún se pierden por la falta de uso. Cuando las malas costumbres dominan la voluntad, ésta se debilita, desaparece; es urgente inducir al enfermo a ciertos actos de voluntad para hacer que ésta renazca. Suscitad en él todo género de móviles; apelad al temor, al interés, al amor propio, a la dignidad, al orgullo, a los sentimientos religiosos, a algún ideal. Su resolución será tanto más eficaz cuanto más directamente proceda de su espontaneidad personal. Y cuando se trate de obtener del mismo niño, sin influjo de voluntad ajena, una volición, se valdrá él mismo de parecido método, despertando en su propia conciencia los sentimientos capaces de moverle...

\* \* \*

Si éstas son las líneas generales que deben regir la actitud de los pa-

dres para con aquellos de sus hijos a los que haya que corregir de malos hábitos, ¿qué es lo que deben, al mismo tiempo, evitar dichos padres?

Deben abstenerse de interrogar al niño con insistencia, de empeñarse en querer que hable a la fuerza, de maltratarlo, de abrumarlo a preguntas. Acechar al mozalbete, interpretar todos sus ademanes, prestar oído atento a sus conversaciones, abrumarlo a fuerza de observaciones y lamentos, es cosa muy poco prudente. El niño que se ve objeto de recelo, se irrita, y sus padres, obrando en esta forma, le causarán mayor daño que cuando, cegados, se resistían a creer la evidencia de la triste realidad. Ahora, dando en otro error, alejan de sí a la pobre criatura ya encenegada en su mal, cuando tan necesitada está de una mano caritativa.

Después de obtenida la confesión, lo que hay que evitar es el castigo; no nos cansaremos de repetirlo. Es natural que, después de la revelación, bien por declaración del mismo niño, bien por los mismos hechos, el primer impulso de los padres es el del severo correctivo; pero sería de malos resultados, pues sumiría al niño en una soledad moral mucho mayor y más peligrosa, y le seguiría hundiéndose en la contumacia del mal.

Esta reeducación, como la educación primera, no puede ser obra de un día; las dos son lentas; los padres no deben extrañarse si sobrevienen debilidades y no se desalentarán por ello; las comprobarán con paciencia, con esa paciencia que saca de la oración y la confianza en Dios toda su razón de ser, lo mismo que la fuerza necesaria para continuar la difícil e ingrata empresa. Bien se trate del niño, del jovencito o de la muchacha, es menester, al mismo tiempo que se actúa tener espera, sin interrumpir los esfuerzos y la vigilancia, sin perder de vista las reacciones capaces de ayudar al enfermo a equilibrar su voluntad.

Una de estas reacciones es el temor: reveladle, sin exageración, teniendo en cuenta la nerviosidad, la edad, la inteligencia del niño, cuales son las consecuencias dolorosas para el mismo, de los malos hábitos: enfermedades, depresión del sistema nervioso, amortiguamiento de la facultad de comprensión, de la memoria. La salud puede arruinarse hasta caer en accidentes irremediables, pero lo primero que se pierde es el espíritu y el corazón. Pues a medida que la parte moral, el entendimiento se debilita, el vicio se va haciendo más dominante, y aquel que sea víctima suya, aunque conozca sus terribles consecuencias, acabará por no tener la menor energía para acabar con él; entonces sobrevendrá la degeneración completa... Habladle en estos terminos...

Luego de haber despertado en el niño un justo temor, decidle que en su mano está el curarse en veinticuatro horas, y que no le habéis hablado así con ánimo de amedrentarle y amenazarle, sino para darle luz acerca de lo que es su enemigo, e infundirle ánimo para vencerlo, pues estáis seguros de que lo hará.

Mostradle luego ese enemigo de su cuerpo en el aspecto de enemigo de su alma: el pecado. Inspiradle horror al pecado, exponiéndole razones comprensibles a su inteligencia: la presencia de Dios, el «Dios te ve» puede tener mayor eficacia que muchos motivos puramente racionales y humanos... «Tu cuerpo es sagrado, es templo de Dios, desde que fuiste bautizado. Eres criatura de Dios, propiedad suya, y por eso no puedes abusar según tu capricho».

\* \* \*

A los mayorcitos hay que insistirles sobre el lado positivo de la virtud, es decir la hermosura de la castidad y su importancia para la dicha de la vida. «Toda victoria es una nueva piedra aportada al edificio de nuestra dicha eterna, y asimismo de nuestra felicidad en la tierra, sobre todo de nuestra alegría familiar. Es necesario mantenerse



puró a fin de llegar a ser hombre fuerte, capaz de ganarse la vida, de fundar un hogar, de ser un día padre de unos niños robustos, pues las consecuencias de los malos hábitos no paran en el que los comete, sino que de resultas de su pecado, saldrán perjudicados sus hijos.

Habiendo disminuído su energía física por el vicio, no podrá transmitirles una buena salud; tampoco podrá legarles una inteligencia y un sentido moral muy desarrollados, pues no puede transmitirse lo que no se posee. Si el grano arrojado al surco no es de buena calidad, las espigas darán un grano de calidad inferior...».

\*\*\*

Cuanto más crecido el niño sea, tanto más pueden y deben sus padres colocarlo ante sus responsabilidades familiares, y aun de sus responsabilidades sociales.

Los jóvenes y muchachitas de hoy, no sólo preparan con su conducta el carácter y el destino de sus hijos, sino al mismo tiempo la historia y el destino de la nación.

Añadidles también estas palabras de un pedagogo:

«Los pensamientos y los triunfos

sobre las pasiones, las aspiraciones y las ambiciones de los niños y niñas que asisten actualmente a nuestras escuelas primarias, desarrollan en sí mismos la vida y el carácter que determinarán las características dominantes de la nación durante muchos años».

Creed que incluso los niños aun párvulos comprenderán estas responsabilidades si sus padres les hablan con frecuencia de ellas, explicándoselas, exaltándolas y dando fuerza a sus palabras con el ejemplo de su vida.

Nosotros, padres, que pedimos a nuestros hijos venzan sus pasiones y caprichos, que queremos corregir sus defectos, deseamos les adornen la sensatez y todas las virtudes, nosotros, tan severos—con razón—ante sus debilidades, ¿cuáles podemos decir que sean nuestras victorias? ¿cuáles nuestras perfecciones? ¿cuál es nuestra justicia? ¿Trabajamos en nosotros mismos de la misma manera que en nuestros hijos? ¡Educadores, pensemos en comenzar por nuestra propia educación!

MAD. COLOMET-SUE

### Demasiada civilización

Más de mil millones de dólares al año—tres millones por día—es lo que cuesta a la gente de bien el crimen en los Estados Unidos. el *Inquirer* de Cincinnati dice: «El crimen cuesta más a este país que lo que le cuesta el ejército, la marina y cuatro de los departamentos del gobierno federal. Es una pérdida inmensa, y lo peor es que pagamos la cuenta en contra de nuestra voluntad. Si algún país hace alarde de eficiencia, es éste. Sin embargo, el cálculo del costo del crimen, sin tener en cuenta el valor de las vidas sacrificadas, muestra de una manera irrefutable que hemos permitido un

enorme desagüe de capital en las alcantarillas del crimen». El Dr. Edith Abbott, jefe de los expertos empleados en esta investigación que lleva a cabo una comisión nombrada por el presidente, dice: «Es muy fácil el pasar a otros la responsabilidad de las cosas mal hechas. Por ejemplo, es más fácil el imputar esta ola de crimen a los inmigrantes, en vez de señalar como responsables al ineficiente y corrupto sistema policíaco, y al ya muy gastado sistema penal. El acusar a los extranjeros como responsables de la ola de crimen es tan solo evadir las verdaderas dificultades en vez de hacer un esfuerzo por resolverlas.»

# UNA ENFERMEDAD AGONIZANTE

Por GERHARD VENZMER

*Continuación del siglo de los descubrimientos*

VI

## *Curso violento en los primeros tiempos*

Todo Occidente es víctima de la nueva enfermedad. Por todas partes se pregunta: ¿De dónde nos llegó el azote? ¿Como ha surgido la peste venerea? La superficial época encontró las más aventuradas sospechas no habiendo apenas idea alguna de que no se echara mano para explicar el origen de la sífilis. Los espíritus se perdían en las más aventuradas especulaciones, cada cual añadía una locura más de su cosecha, en todo se buscaba la causa del mal: inundaciones, calores excesivos, temblores de tierra, emanaciones de los mares, lagos y charcos, miasmas del interior de la tierra, de praderas y manantiales, corrupción del aire, cadáveres insepultos, consumo de carne humana, de frutos misteriosos, de aguas y vinos envenenados, de carne de cerdo, pescado, gato, lagarto y mono; «gusanos venereos», todo es culpado de haber originado la peste sexual. Otros espíritus menos fantásticos, creen a su vez, que el escorbuto, las viruelas, el tifus y la lepra, se han asociado para crear el mal venereo. Lo más fácil es echar la culpa a las estrellas. Júpiter el planeta «bueno», es vencido por los nefastos Marte y Saturno, y esta infausta constelación ocurre en el signo del Escorpión que domina, según la astrología la zona sexual.

Cada nación anda celosa en culpar al vecino; los franceses en vista del contagio de sus mercenarios en Nápoles, la denominan «mal de Nápoles»; los italianos, contagiados por las huestes de Carlos se vengán llamandola «mal frances», los portugueses hablan de un «mal de Castilla»; los españoles de un «mal

gálico», los polacos le llaman «mal aleman», los alemanes «mal polaco», lo mismo que los rusos; los persas «enfermedad turca»; los orientales «mal portugueses» etc.

Entre tal tejido de insensateces y fantasías, la huella del azote parece conducir a España, especialmente a Barcelona, y de aquí a Haití; en efecto, según varios informes de la época, en las islas de las Indias occidentales se encontraba una enfermedad llamada «Guainaras» semejante, en todo al mal venereo. Se desarrollaba—según la leyenda—en una forma mucho más benigna, produciendo solo ligeras erupciones cutaneas, nunca los terribles destrozos, sobre todo de los huesos, que entonces producía en los europeos.

Se asegura que los indios conocen toda clase de medicamentos y bebidas contra la enfermedad, siendo especialmente provechoso un cocimiento de la madera dura del guayaco.

¿Pero, cómo es posible que un mismo mal se manifestara de maneras tan distintas entre indios y europeos? Si arrojamos a un estanque una piedra gruesa, el agua salpica y se agita con violencia primero, pero al poco rato vuelve la calma y solo las ondas se extienden cada vez más débiles en todos sentidos, hasta llenar toda la superficie. El movimiento no es tan violento como al principio, pero su radio de acción se ha hecho en cambio, incomparablemente mayor. Lo mismo ocurre con muchas enfermedades infecciosas que se declaran por primera vez en un terreno virgen. Su primera manifestación se asemeja a devoradora llama, hasta que poco a poco el violento incendio va quedando reducido a un rescoldo escondido en ceniza. La voz popular dice que la gente se acostumbra poco a poco a la enfermedad, lo mismo que la na-

riz acaba por hacerse insensible a un olor determinado. La ciencia se expresa de otro modo cuanto más es atacado un pueblo, en el transcurso de generaciones por el veneno de una enfermedad, tanto más «contra-venenos» se forman, y por último todo el mundo acaba por heredar del abuelo o tatarabuelo una gotita del contraveneno, naciendo con cierta protección contra el mal.

En la costa oriental de América Central y del Sur, especialmente en las regiones de Panamá y Brasil se declaró hace años una epidemia terrible que todavía no se ha extinguido por completo: la peste amarilla. Los europeos recién llegados eran siempre las víctimas del terrible mal exterminador, al paso que la gente que llevaba ya años en el país era respetado o solo enfermaba de poca gravedad. Los habitantes de aquellas regiones eran, en cambio, completamente inmunes a la fiebre amarilla, porque ya venían al mundo con la protección específica contra el mal.

Así se explica que la sífilis sea hoy en Europa una enfermedad traidora, a menudo oculta, de curso muy distinto al que presentó antiguamente. Incluso descartando lo que la ignorancia y la superstición colocaron bajo el concepto del mal venereo, el cuadro hecho por los cronistas de aquellos tiempos no pierde mucho de su horror. Con espantosa rapidez solía transcurrir entonces la enfermedad, contándose hasta casos «galopantes» de increíble violencia y malignidad que conducían en poco tiempo a una muerte llena de tormentos. Ampollas y ulceraciones de gran tamaño, insoportables dolores de cabeza y articulaciones y precoces enfermedades de los huesos, pertenecían al cuadro común y corriente de la sífilis, dándole un aspecto tan horripilante, que los mismos leprosos excluidos de la sociedad como la execración de la humanidad, obligados a vivir en cabañas y fuera de las ciudades, se negaban a convivir con los sífilíticos.

## VII

### *La teoría de la sífilis de la Antigüedad*

El agotado resto de los mercenarios de Carlos VIII no ha vuelto aun a la patria, todavía se encuentra aun en Lombardía oponiendo desesperada resistencia a las tropas enemigas. En esto el Emperador Maximiliano sorprende a la cristiandad con un edicto inesperado. Diputados y representantes acuden a Worms el verano de 1495; se habla de arreglos de organización y paz, de revisión de códigos y derechos; pero como primera voluntad del Soberano el 7 de agosto de 1495 se da a conocer en todo el reino el famoso edicto, lleno de draconianas amenazas, contra la blasfemia. Dios, así dice en él, castiga a la Humanidad por no guardar el segundo mandamiento; por eso ha enviado hambre, terremotos y peste, en primer lugar y «la nueva enfermedad llamada *mal de los franceses*, hasta hace poco nunca conocida».

Cronistas ulteriores que se ocuparon en la investigación del origen de la sífilis, comprobaron el hecho curioso de que en la época de tal edicto, en agosto de 1495, la nueva enfermedad, que tan detalladamente se describe en el documento imperial, no se había propagado aun en Alemania, pues justamente, por aquel entonces las tropas de Carlos VIII luchaban en la región de Turin. ¿O acaso era conocida ya en Europa la sífilis antes de la aventura napolitana del rey de los franceses?

Siguiendo esta idea parecen encontrarse cada día nuevas huellas y no tarda en haber numerosos investigadores convencidos de que la sífilis existía ya en Europa, no sólo mucho antes del descubrimiento de América, sino hasta la Edad Media e incluso en los tiempos prehistóricos. Reglamentos de burdeles de los comienzos de la Edad Media, antiguas crónicas y cartas, documentos y actas judiciales, describen síntomas patológicos que podrían inter

pretarse muy bien como sifilíticos; antiguas cerámicas y terracotas parecen representar enfermos de sífilis. En el Vaticano, en Roma, y en el Louvre de París, hay bustos de Sócrates en los que se cree distinguir claramente una «nariz en silla de montar», deformidad característica de la sífilis hereditaria. En textos romanos y griegos, babilónicos y egipcios, indios y orientales, se hallan datos sobre la sífilis, y en la región del Marne se encuentra un cementerio de la edad de piedra en el que es desenterrado un esqueleto con claras señales de sífilis.

Si, la sífilis no es un mal traicionero y misterioso únicamente para los desdichados enfermos, sino también para los más célebres talentos; de ninguna manera está dispuesta a descubrir con tanta facilidad su misterio. El entusiasmo con que fue recibida al principio la teoría de la sífilis de la antigüedad, no tarda en ser puesto a duras pruebas: los supuestos desordenes sifilíticos de los antiquísimos huesos resultan simples inflamaciones de las fibras, que nada tienen que ver con la sífilis; las actas que informan sobre la sífilis de la época precolombiana, son descubiertas en varios casos como groseras falsificaciones; las crónicas, cartas, terracotas y bustos, pueden muy bien señalar la sífilis, pero no es seguro que así sea; y la parte del edicto de Maximiliano que trata de la nueva enfermedad, resulta una adición hecha al año siguiente, en 1496, cuando la peste se había extendido ya con rapidez al norte de los Alpes.

Unos en pro, otros en contra; si los partidarios de la infección de Europa por los descubridores de América presentan mil pruebas de lo acertado de su opinión, los contrarios presentan otros argumentos en contra, demostrando que todo es un disparate y que la sífilis existió en el Viejo Mundo desde los primeros hombres que lo poblaron.

Mas ¿no hay acaso alguna manera de conciliar hipótesis al parecer tan opuestas? Recientemente se ha

intentado hacerlo; un importante descubrimiento de la bacteriología moderna introdujo a ello. Se observó que la virulencia de muchos microbios presenta oscilaciones muy notables en las experiencias practicadas con animales, hecho que tiene también su expresión en la diferente malignidad en las epidemias. Ahora bien, la viruela de los microbios puede variarse a voluntad en el laboratorio. Trasmitiendo una especie de microbio patógeno de animal a animal, en series ininterrumpidas—método llamado «pasaje»—se consigue frecuentemente aumentar un grado insospechado la virulencia y con ella el peligro y malignidad del microbio. ¿No era esto un rayo de luz en la oscuridad que envolvía el origen de la sífilis?. También se ha podido comprobar una extraña mutabilidad en la acción patógena de ciertos gérmenes, encontrándose que algunos microbios que de ordinario parecen absolutamente inofensivos son verdaderos lobos en pieles de cordero, pues bajo ciertas circunstancias pueden transformarse de repente en peligrosísimos agentes patógenos. Esta sorprendente facultad de transformación pudo comprobarse precisamente en una enfermedad del hígado que va acompañada de ictericia, cuyo agente se asemeja extraordinariamente al de la sífilis; era lógico pues, relacionar con fenómenos análogos la terrible malignidad de la sífilis a su primera aparición epidémica en Europa.

Los trabajos de los antiguos cronistas, acerca de la existencia de la sífilis desde tiempos inmemoriales entre los indígenas de Haití, condujeron, como era natural, al estudio de innumerables esqueletos procedentes de las más diversas partes de América que se examinaron, no se encontró ni el menor vestigio de degeneración sifilítica. Los antiguos cronistas que habían asegurado el origen americano de la sífilis podían muy bien haberse equivocado confundiendo con el mal venereo alguna insignificante afección de la piel, sobre todo si se considera que

en los siglos siguientes al descubrimiento de América la sífilis azotó terriblemente al Nuevo Mundo..

Por otra parte, parece que ciertos testimonios de la Antigüedad y época precolombiana señalan en efecto la existencia en Europa de una enfermedad de curso benigno parecida a la sífilis. Su agente era entonces un microbio relativamente inofensivo, pero dormitaba en él malas inclinaciones que sólo esperaban el momento oportuno para despertar. La señal fue dada cuando los marineros de Colón introdujeron el germen en el Nuevo mundo. Lo llevaron a los habitantes de las islas de las indias occidentales, y la trasmisión a la extraña raza de los indios obró como un pasaje por un animal desprovisto de toda defensa. De manera fulminante, el casi inofensivo microbio se transformó en un enemigo terrible de la Humanidad; de una

enfermedad rara y de curso benigno se derivó una peste devastadora; de un mal que hasta entonces se manifestaba principalmente por molestas erupciones cutáneas, resultó un azote con espantosas destrucciones de los huesos, úlceras y tumores.

Los que en aquellos tiempos hablaban de la «terrible enfermedad nueva», tenían razón, pues la peste venerea que empezó inmediatamente después del descubrimiento de América y fué propagada por la campaña de Italia de Carlos VIII, no se asemejaba en nada al mal de otros tiempos. El nuevo azote parecía venido del Nuevo Mundo, pero no era así; mas bien podría compararse con el que, inadvertido, sale de la patria para volver un día inesperadamente armado de terrible poder, arrasando todo lo que se opone a su paso.

## Importante para los padres y nobles consejos a las jóvenes

**N**ADA horroriza más que la idea de un amor impuesto.

¡Mandar el corazón! Tanto valdría cambiar el curso del Nilo o decir a la Tierra que se detenga.

¿No es harto desgraciada por sí la mujer, condenada a esperar, a esperar indefinidamente?...

¿Cuándo se convencerán los padres de que burla su vigilancia, sea ésta cual fuere, el amor a hurtadillas de sus hijas?

¿Y cuando se convencerán de que si el novio es digno deben favorecer el amor franco antes que dar lugar al de emboscadas?

Si la educación llegara al punto que debiera llegar, los padres serían los primeros confidentes de sus hijas y no estaría este honor reservado a amigas y servidores.

Y como reservado a tales ingenios, produce las consecuencias que diariamente se deploran.

\*\*\*

**L**A pobre criatura que apenas sabe más que vestirse y adornarse para agradar, porque otra cosa no le han enseñado, cree en cualquier

frase de amor, se apasiona del primer farsante que la lisonjea y labra quiza su propia desventura.

¿Quién podrá reconvenirla con justicia?

\*\*\*

**T** EMBLAD, niñas, al oír una declaración de amor; por de pronto el que se declara con los labios, sin duda no está seguro de haberse declarado con los ojos. Y amor que no se retrata en los ojos, tened por infalible que no es amor.

\*\*\*

**U** NA mujer de talento jamás debe deslumbrarse con el oropel: el oro es muchas veces, y en determinadas manos, oropel.

Todo lo que puede valuarse carece de valor. El mérito que se somete a número y a medida, parece una mercancía que se remata al mejor postor.

El comercio y el amor están reñidos de muerte. El amor no sabe contar ni medir: no sabe más que amar.

## La educación sentimental de las jóvenes

Hablar de la preparación del corazón para la vida matrimonial, es tratar de toda la educación del sentimiento de las jóvenes (pues con miras a la familia es como debemos educarlas; esta vida es el cuadro normal en que se desarrollará vuestra existencia y uno de los grandes beneficios de la *Asociación del Matrimonio Cristiano* es orientar hacia este ideal tan preciso vuestra reflexión y la de vuestros educadores). La educación moral de la joven no se realiza en la vaguedad, en nombre de principios generales; no se limita sólo a desarrollar la personalidad de cada una sin tener en cuenta alguna vocación. Se dirige normalmente a la preparación de las niñas para el desempeño del papel que habrá de corresponderle con el tiempo, en el seno de la familia cristiana, como mujeres, como madres.

Ello no excluye en manera alguna los llamamientos particulares de Dios ni el respeto al don peculiar de cada una, en que estriba el valor y el encanto de la personalidad. Consiste en colocarse en la verdad, en el gran camino donde se encuentran las aspiraciones más profundas de la naturaleza humana y las más altas enseñanzas del cristianismo. No hay destino individual, egoísta: todos debemos servir y amar a nuestros hermanos y sacrificarnos por ellos; en la intimidad de la familia, en las sagradas y humildes ocupaciones del hogar es donde realizamos normalmente este servicio. Eludirlo es faltar a la vez a nuestra dicha y a nuestra perfección. El no prepararnos a ello es exponernos a no llegar a esa altura de perfección, a cumplirla de manera poco inteligente y sin gozo.

Procuraremos, pues, reflexionar un poco acerca de lo que puede constituir, en el orden del sentimiento, esta preparación.

\*\*\*

La preparación de orden puramente práctico la encontraréis en esas obras de enseñanza doméstica que se hallan tan en boga, si no recibís en el mismo hogar por parte de vuestra madre, a la manera antigua, es decir, buena. Por lo que se refiere a la educación

de la pureza, mi sentir es que se trata de una materia importante y muy delicada que no debe, para las jóvenes, tratarse en público, ni hacerse por medio de lecturas, sino por medio de un trato privado oportuno, adaptado a cada cual, inspirado en esa discreción, en esa modestia cristiana de que San Pablo tenía tan alta idea que la consideraba uno de los dones del Espíritu Santo.

La educación del corazón tiene una parte positiva y otra negativa. Negativamente debéis preservar vuestro corazón de todo lo que pueda encogerlo, pervertirlo, mancharlo. En verdad que se hallan en nosotros todo género de tendencias, y las mejores y más santas no están hechas de otra materia que las más miserables. ¡Pobre materia humana, tan ruda y frágil a la vez, corazón de carne, inseguro cuando debiera ser fiel, duro cuando debiera enternecerse y fundirse, vuestra debilidad y vuestra única fuerza, hijas mías! No se os debe entregar ciegamente a él, sino que hay que estudiarlo y ordenarlo un poco, según las luces de la razón y de la fe.

La Psicología nos enseña las leyes que rigen la evolución de las propensiones personales. Dos de ellas nos interesan sobre todo. La primera es que estas tendencias, al principio imprecisas, se fijan en el primer objeto que se les presenta cuando nacen. La segunda es que toda tendencia se nutre en el ejercicio, y se extingue si la privamos de toda ocasión de practicarse. Estas dos observaciones son inestimables y nos dan la clave de la educación del corazón. Con la vida aparece en nosotros una primera serie de tendencias; vigilemos el primer objeto que se les ofrezca. Así el niño fija su instinto de nutrición indeterminado en la primera forma de alimentación que se le brinda. Pero otra serie de tendencias, y éstas son las que nos interesan, se desarrollan en el tiempo de la adolescencia, entre los trece y los diez y ocho años. Lo que entonces hayamos amado o aborrecido, con un sabor tan vivo, una frescura de impresión tan grande, nos informará para toda la vida. ¿Habéis observado, por ejemplo,

que no se ama verdaderamente más que a dos países: aquel en que se ha vivido de niño, y aquel en que se nos ha despertado el sentimiento de la naturaleza y cuyos paisajes asociamos a nuestro amanecer sentimental? Con las amistades ocurre otro tanto. Las que se traban a vuestra edad tienen un sabor especial que no se encuentra en otra época de la vida. A este propósito dice Péguy: «La amistad es una operación que pertenece al orden de la vida de la cuna, de la familia, de la raza, de la patria, del tiempo, de la fecha, de todo este orden temporal que tiene una importancia única, insustituible y en la que no se opera más que una vez».

Pues bien, si es cierto que el objeto de nuestras pasiones determina las amistades, que quedamos informados por lo que empezamos amar, ¡cuán importante es, a la edad en que se despiertan tantos deseos, en que tantos ardores se estremecen, no ofrecerles objetos mediocres o bajos! Prestad, pues, gran cuidado en la calidad de vuestros halagos, no os dejéis atraer por esa corriente moderna que arrastra a toda una juventud a espectáculos, bailes, lecturas excitantes y carentes en absoluto de valor, con menosprecio de la moral y del gusto. Todo ello no es más que el esnobismo de un tiempo cuya moda pasa, a menudo, en unas semanas, sin dejar nada que valga, que perdure, nada que pueda agradar a una mujer verdaderamente distinguida, ni alimentar el alma de una cristiana. No os pedimos que os abstengáis en absoluto, que os aisléis de las personas de vuestra edad. Pero no os entreguéis a ello, no dejéis que se satisfaga de tan mediocre alimento un corazón capaz de gustar de todo lo que sea bueno y encierre grandeza. Sed un poco exigentes antes de poner vuestro entusiasmo en algo, antes de fijar vuestros gustos. Haced leal y reiteradamente examen de conciencia; preguntaos si no quedáis empequeñecidas, vulgarizadas con tal compañía, por tal representación. ¿Además, no os deja a veces llenas de turbación? ¿Y es así como os preparáis para un afecto puro y profundo, como queréis hacerlas dignas de que Dios os confíe la formación de las almas de unos niños?

Velad por vosotras mismas, ya que la familia no suele hacerlo debidamente y la sociedad parece tener por misión el corromperos. Aprended a pasar co-

mo cristianos por un mundo pagano; a discernir, a la luz del Evangelio, a escoger lo bueno, dejando lo malo de las modas, los libros, el lenguaje de de vuestro tiempo. No es posible daros reglas exactas, clasificar para vosotras los bailes, o medir vuestros vestidos. El ideal consiste en obrar como por instinto, sentir que tal o cual cosa no conviene a una joven cristiana. Este instinto, todas lo tenéis, criaturas bautizadas, hijas de Dios. Pero es frágil; no lo dejéis oscurecer, ahogar por el temor al ridículo, por la curiosidad, por los sofismas. Nutridlo en la oración, los deleites puros y sanos, la música, los bellos viajes, los libros hermosos, ¡hay tanto! San Pablo ya dijo: «Todo aquello que es verdadero, todo lo que es honroso, todo lo justo y puro, todo lo que es de buena fama... sea el objeto de vuestros pensamientos».

No se halla entre nosotros el gran Apóstol para conjurarnos a no vivir según la carne sino conforme al espíritu; pero su voz llega a nosotros a través de los siglos, y el mensaje de Jesús es vivo en todo momento. Puede reavivar la virtud en las almas más envilecidas y devolverles la juventud y la pureza, pero aún es más eficaz para mantener preservadas a las almas que el mundo no ha corrompido, para esas personas jóvenes a las que Cristo amaba con predilección, cuyo alejamiento le causó siempre aflicción profunda y entre las cuales escogió siempre los discípulos más unidos a él. ¡Ojalá esta intimidad deliciosa y divina pueda formar en vosotras un gusto tan puro y certero que no os equivoquéis nunca sobre lo que conviene que un cristiano ame y admire! Así tendréis esa norma de oro que os permita más adelante formar en derredor vuestro verdaderos cristianos en vuestros hijos, crear en vuestra familia una atmósfera propicia a todo bien.

\*\*\*

El cristianismo no es solamente un dogma y una regla de vida, sino un espíritu, una manera de gozar y de sufrir, de reaccionar ante las cosas y los acontecimientos de este mundo: «Hagamos nuestro el sentimiento de Cristo». Este espíritu lo gustamos en el Evangelio, cuyas páginas son de una elevación, de una pureza, de una transparencia única en la historia humana, y en las cuales se expresa, no obstante, una simpatía por la humanidad y toda

la creación, que ningún otro corazón mortal puede igualar. Jesús amaba a los niños, la naturaleza; ninguna de las alegrías legítimas, ninguno de los dolores de la humanidad le dejaban indiferente: nadie habló como El de la amistad, nadie ha experimentado mayor compasión actuante por los enfermos y los huérfanos que El.

Jesús devolvía los niños a sus madres, embellecía con su presencia y sus dones milagrosos las fiestas nupciales. El evangelio de la Dominica III después de Pascua nos transmite incluso una palabra suya, sumamente delicada, sobre la alegría que experimenta una madre joven que ha dado un ser al mundo, alegría que hasta la hace olvidar de sus padecimientos. Los discípulos de tal Maestro no serán, pues, corazones de piedra, más su sensibilidad dará esa nota pura, elevada, serena, desinteresada, espiritual, propiamente cristiana. El Evangelio nos forma un sentido del gusto, este agrado nunca pecará por exceso de delicadeza y por excluir demasiado al deleite egoísta, brutal, perverso.

Hay cosas—dice también San Pablo—que no deben ni siquiera mencionarse entre cristianos. Estas cosas, a pretexto de análisis científico, de sinceridad literaria, se muestran en las novelas de nuestro tiempo. Vosotras carecéis de la seguridad que la civilización cristiana ha dado en otros tiempos a las jóvenes. Fortificad, pues, en vosotras ese gusto cristiano, ese sentido espiritual que, formado y protegido en la intimidad de Nuestro Señor Jesucristo, os permitirá vivir en el mundo sin pertenecerle, como quienes escogieron entre Cristo y el demonio.

Tal vez me diréis: Pero nosotras somos muchachas jóvenes, parecidas a otras jóvenes, y sobre todo a las de nuestro tiempo. ¿En qué emplearemos, con una vida tan juiciosa, estas facultades de amar, de actuar que hierven en nosotras, este eco primaveral, este latente ardor de vida que tan preciosos hacen nuestros veinte años? No hay que equivocarse acerca del sentimiento de la juventud; es una preparación, una espera; su filosofía es incompleta y no puede bastar. Es una de las características y lo considero uno de los grandes errores de nuestra época, no precisamente el exaltar sobremedida a la juventud, pues tan hermosa es que nos pasamos la vida ya en su espera, ya en su nostalgia, sino el pedirle el

sentido de la vida, erigiendo en norma y regla sus inquietudes, sus turbaciones y el caos de sus deseos. La juventud no tiene ni sabría encontrarlo, punto de equilibrio de su sensibilidad; es una transición, una esperanza. Precisamente es en el matrimonio, y solamente en él, salvo caso de más alta vocación, consumado en ciertas condiciones de seguridad, de mutua ternura, de fecundidad, es decir en el matrimonio cristiano, donde se hallará este equilibrio, donde encontraréis el secreto de tantos anhelos, de tantas actividades. Por consiguiente, conviene enseñar a la juventud la virtud que más le contraría, la paciencia.

Es menester aprender a contener en sí mismo el alma; hay que mantenerse puro e intacto para verse uno un día a la altura de su destino y de su felicidad. Así es como se preparan todas las vidas hermosas. Los que en la juventud malgastaron todas sus energías, que han descastado su corazón en todo género de afectos fugaces y a menudo culpables, no pueden luego sino «llegar a su fin», un fin que es una vida muerta de treinta a sesenta años, y para fin resultan, en verdad, demasiados. Las vidas verdaderamente bellas están, por lo contrario, preparadas por una juventud fervorosa y concentrada en que se acumulan energías, en que se temple el verdadero ánimo, en que se engendra la rara virtud de la esperanza. ¿No fué en una juventud así cómo el general Foch preparó su carrera de jefe? ¿No estuvo esperando, después de salir del colegio de Metz, pasando por estudios austeros, de una silenciosa meditación y una carrera difícil, el momento de conducir en la capital de Lorena las tropas victoriosas?

Es una gran cosa, lo mismo que amar, el fundar un hogar, y ésta será la obra de toda vuestra vida. Sabed, pues, reservaros para ello, guardad puro e intacto vuestro corazón. Dependiendo de vosotras en mucho mayor parte de lo que creéis. No cedáis a la primera palabra, a la primera apariencia de amor; no creáis que se trate, como afirman algunos románticos, de una pasión relámpago que súbito se apodera del corazón. El verdadero amor nos gana suavemente, se insinúa, se nutre de conversaciones, de ensueños, no se fija en tanto no le dicte un *fíat* nuestra profunda voluntad, señora de nuestros destinos. No creáis haberlo encontrado fácilmente; no pronunciéis